

¿QUÉ ES EL “NEOLIBERALISMO”?
UN INTENTO DE RESPUESTA
DESDE MILTON FRIEDMAN Y LA ESCUELA DE CHICAGO

*Carlos Diego Martínez Cincá**

Toda vez que intentamos explicitar el sentido de una doctrina política o de una ideología cuyo nombre comienza con el prefijo *neo*, nos vemos forzosamente obligados a hacer un poco de historia. Las "nuevas" doctrinas –i.e. *neomarxismo*, *neocorporativismo*, *neoliberalismo*, etc.– sólo pueden entenderse a partir de la "ortodoxia" de la cual surgen. De esta manera para poder entender lo que hoy se designa con el término *neoliberalismo*, deberíamos antes explicitar las principales proposiciones que integran el cuerpo central de la doctrina liberal "clásica". Pero aquí encontramos ya una primera dificultad, puesto que como bien ha señalado Mario Justo López,ⁱⁱ no existe un cuerpo único de doctrina atribuible al liberalismo.

Desde John Locke (1632-1704) en adelante y por espacio de casi tres siglos la doctrina ha experimentado diversas variaciones y los enunciados filosóficos, políticos y económicos de la misma han llegado incluso a independizarse, entrando a veces en contradicción. Las variantes del liberalismo son tantas y tan diversas –según las épocas, los países en que se ha desarrollado, y aún las tendencias en una misma época y en un mismo país– que más bien brinda la apariencia de una "actitud espiritual" antes que la de un cuerpo doctrinario. Así entendido, podríamos caracterizar el liberalismo como un empeño por acotar el poder del Estado, confinando la actividad de los gobernantes en un marco estricto de legalidad constitucional. En efecto, el liberalismo surgió en los albores de la modernidad como una protesta política, civil, económica y religiosa contra el absolutismo. Esa protesta se articuló básicamente como una afirmación de la libertad del individuo, libertad que el propio John Locke elevó a la categoría de derecho absoluto e *inalienable*. Bien pronto este dogma apareció conectado a otro: la creencia en un "orden natural" que subyace a toda sociedad y la existencia de una armonía intrínseca a dicho orden. Ambos postulados jamás fueron demostrados por ningún teórico del liberalismo –hacerlo hubiera significado tener que echar mano a conceptos casi teológicos–, pero sin embargo constituyeron el punto de partida de todas las variantes posteriores. Como se sabe, el orden natural y su armonía intrínseca justificaron la no intervención del Estado en todo aquello que excediera el estricto marco de la defensa común

(seguridad externa), la administración de justicia y la protección de la vida y la propiedad de los ciudadanos (seguridad interna). Uno de sus egregios exponentes de fines del siglo XIX, el filósofo italiano Benedetto Croce, sostuvo que el liberalismo era algo así como una concepción *metapolítica* ya que superaba toda doctrina formal de la política, e incluso de la ética, abrigando en el fondo una concepción total del mundo y de la realidad².

Durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando el liberalismo alcanzó su máxima difusión y aceptación, comenzó no obstante a desarrollarse en Inglaterra una nueva concepción liberal que de alguna manera cuestionaba la ortodoxia de algunos de los postulados arriba mencionados. De este modo se consideró a John Stuart Mill y a Thomas Hill Green los precursores o iniciadores del "neoliberalismo". El primero sostuvo en su última obra publicada en 1873 que el Estado debía controlar el aumento del valor de la tierra producido sin la intervención directa de sus propietarios, y se mostró partidario del sindicalismo y del cooperativismo. El segundo, en una memorable disertación sobre la libertad de los contratos pronunciada en 1880 en Oxford, donde era Profesor Ordinario, argumentó que para alcanzar el pleno desenvolvimiento moral del individuo era necesario que el Estado crease las condiciones objetivas indispensables para ello.

Pero la experiencia histórica de la "Gran Depresión" de los años 30 fue la que marcó un antes y un después en la historia del liberalismo. Como es sabido la ortodoxia del liberalismo económico sufrió un gravísimo revés a partir del fracaso de las políticas implementadas por el gobierno de los EE.UU. para solucionar aquella terrible crisis. Las causas de la misma se debieron en general a la ausencia de controles por parte del Estado para corregir las anomalías del "mercado". Una nueva era económica y política comenzaba con el advenimiento del "Estado de Bienestar" o "Estado Benefactor", al que erróneamente la opinión pública asoció con la economía keynesiana (si bien es cierto que muchos de los postulados de John M. Keynes propiciaban una participación más activa del Estado en materia económica). ¿Significó esto la muerte del liberalismo? De ninguna manera. Luego de un proceso que los historiadores del derecho suelen llamar "constitucionalismo social", en que la mayoría de los países occidentales incorporó numerosas reformas a sus cartas fundamentales asegurando los derechos del trabajador -y en general los llamados "derechos sociales"- las últimas décadas del siglo XX contemplaron el retorno de las viejas ideas liberales traídas al contexto político y social emergente del fracaso del comunismo. Fue entonces cuando comenzó a hablarse otra vez de un

"neoliberalismo" finisecular. Este segundo neoliberalismo ha sido indudablemente de signo contrario al primero. Los liberales de fines del siglo XIX procuraron corregir ciertos "extremismos" de la ortodoxia referidos sobre todo a la no injerencia del Estado en materia económica. El último neoliberalismo, por el contrario, ha defendido a ultranza la validez de la libre competencia económica como único camino para asegurar la prosperidad y el bienestar general. En términos generales, los liberales del último tercio del siglo XX han propugnado la intervención del Estado solamente cuando sea indispensable para corregir los factores que perturben los *automatismos del mercado*. Pero si tuviésemos que precisar aún más las diferencias entre aquel y este neoliberalismo, yo me inclinaría a señalar que el rasgo fundamental de esta última experiencia histórica ha sido la descomunal importancia del factor económico por sobre el resto de las cuestiones que conforman la actividad política, a punto tal que ya no parecen existir "políticas de Estado", sino simplemente políticas económicas. Los "viejos" liberales -por contradictoria que pueda resultar la expresión- eran hombres dotados de una cosmovisión que hacía de ellos ilustres cultores de todas las ciencias prácticas. A John Stuart Mill se lo conoce mucho más por sus escritos sobre ética (es uno de los más importantes referentes del *utilitarismo moral*). El mismísimo Adam Smith, padre de la economía liberal clásica, era en realidad profesor de filosofía moral en la Universidad de Glasgow, y aunque saltó a la fama por su *Indagación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, compuso una no menos importante *Teoría de los sentimientos morales*, referente insoslayable de la ética no cognitivista. Hoy, en cambio, parece campear entre los economistas y los científicos en general aquello que Ortega y Gasset describió tan atinadamente como la "barbarie del especialista". La economía se constituye a sí misma como un discurso autorreferencial y suficiente.

En este artículo me propongo abordar la problemática del neoliberalismo actual a través de la obra de uno de sus más importantes adalides: el estadounidense Milton Friedman (1912), ganador del Premio Nobel de Economía en el año 1976. La razón de haber elegido precisamente a este autor mundialmente reconocido por sus aportes a la teoría económica, es que en su caso se pone de manifiesto en forma clara una concepción liberal del hombre y de las ciencias sociales que lo estudian, que no se reduce simplemente a los específicos y rigurosos problemas de la ciencia económica en cuanto tal. Podría decirse que aunque su planteo es netamente economicista no se reduce a una teoría puramente económica, sino que aborda cuestiones de mayor alcance,

principalmente a la hora de definir el rol del Estado y los fines propios en función de los cuales éste existe.

Para mostrar la concepción liberal del hombre y del Estado manejadas por Friedman, procederé de la siguiente manera:

1. haré una breve presentación de la llamada *Escuela de Chicago*, con la que se identifica a veces exageradamente a nuestro Autor, comparándola con otra escuela "rival", por decirlo de alguna manera, como es la *Escuela Austríaca*, ambas referentes emblemáticas de la *economía de libre mercado*;
2. luego, presentaré la vida y la obra de Milton Friedman. Ciertos datos claves de su formación académica y de su incursión en la arena política nos permitirán comprender mejor el origen de muchas de sus proposiciones;
3. por último, analizaré sus propuestas económicas -solamente las más importantes- y la importancia que ellas tienen en la formulación de sus tesis en torno a la libertad humana y al rol del Estado. En este acápite, el más importante de todos, abordaré *in extenso* una de las cuestiones más álgidas que nuestro Autor tuvo que enfrentar en la arena pública: **el problema del narcotráfico**. Es allí donde Friedman expone, con absoluta honestidad intelectual, pero también con increíble temeridad, su concepción de lo que debe ser la vida política, nada menos.

1.- LA ESCUELA DE CHICAGO Y LA ESCUELA AUSTRÍACA: DOS VERSIONES DEL LIBRE MERCADO

Luego de la Segunda Guerra Mundial, y tras el fracaso de la llamada "economía keynesiana", que en términos generales propugnaba la intervención del Estado en la regulación de la demanda agregada y otras variables de la macroeconomía, dos grandes escuelas comienzan a liderar el pensamiento de *libre mercado*: por un lado la *Escuela Austríaca*, encabezada por Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek; por otro, la *Escuela de Chicago*, a través principalmente de dos grandes líderes, Milton Friedman y George Stigler. Ambas escuelas critican los errores y peligros del intervencionismo de las políticas socialistas y keynesianas, y a pesar de las diferencias apreciables entre sus respectivos métodos de análisis, llegan a la común conclusión de que sólo una economía de libre mercado puede realmente asegurar la libertad y la prosperidad de un país³.

Las dos escuelas rechazan el argumento de Keynes respecto a la inestabilidad de una economía de mercado libre y su tendencia a provocar largos períodos de

desempleo con despilfarro de recursos. Como contrapartida, sostienen que cuando aparecen grandes períodos inflacionarios o depresiones económicas, ello se debe fundamentalmente a la intervención del Estado, que para hacer frente a cambios circunstanciales de la economía -que terminarían encontrando su solución más tarde o más temprano en la flexibilidad del mercado-, echa mano a políticas fiscales y monetarias que al final terminan provocando más inestabilidad que la que quiere evitar.

Sin embargo, los puntos de coincidencia entre ambas escuelas no son tantos como a simple vista podría parecer. Sus divergencias más fuertes se dan en el campo de la política monetaria, de la teoría y de la historia económica. Precisamente las distintas interpretaciones que ambas brindan acerca de las causas de la Gran Depresión de los años 30, así como de las soluciones que podrían haberse procurado, responden a sus diferentes concepciones de la influencia del dinero en la economía, que en el fondo, es una diferencia en torno a los criterios utilizados para estudiar el proceso económico.

De parte de la Escuela de Chicago, no existe un rechazo absoluto a ciertas herramientas de análisis utilizadas por Keynes. En general, es tradición entre los teóricos de esta Escuela, aceptar la idea keynesiana de macroeconomía y análisis agregado. El propio Friedman afirma el mérito de la teoría keynesiana. En su opinión, la simplicidad y concentración en unas pocas magnitudes claves es potencialmente fructífero, y un acierto desde el punto de vista metodológico, pero si sus predicciones resultan equivocadas, tal como la experiencia lo ha demostrado, el error debe estar en otra parte. En efecto, la teoría keynesiana es incompleta a partir de su estrecha concepción de la elección de las personas al momento de decidir entre gastar el dinero y no hacerlo; cuando se multiplican las alternativas entre las cuales los individuos han de elegir al momento de decidir si gastan su dinero o lo ahorran, la demanda de dinero se torna mucho más estable de lo que Keynes afirmaba. De esta manera, Friedman propone dejar de lado las decisiones individuales de consumo, para atender más bien a los agregados estadísticos y promedios; así concibe una demanda agregada de dinero vinculada a una oferta total de dinero, y estudia la repercusión que tiene en el gasto agregado un aumento en la oferta total del dinero y el impacto resultante sobre la producción agregada en el corto plazo y sobre el nivel general de precios en el largo plazo⁴.

Por parte de los economistas austríacos encontramos una postura metodológica bastante diferente. Insisten en la necesidad de no olvidar que en la realidad no existen los promedios estadísticos, la producción total ni el nivel general de los

precios y salarios. Ellos son solamente la creación de economistas estadísticos que suman y promedian aritméticamente los precios, los salarios y la producción individual de una multitud de bienes y servicios comprados y vendidos en el mercado. De ahí que no sea lícito establecer entre ellos relaciones de causa y efecto como las que se establecen entre los fenómenos individuales, dado que los agregados económicos y los promedios no interactúan. Por eso no pueden aceptar que los economistas de Chicago encuentren conexiones directas entre la cantidad total de dinero, el nivel general de los precios y la producción total, y menos aún pueden aceptar que estas magnitudes ejerzan realmente influencia sobre las decisiones de los individuos.

En cuanto a la política monetaria, Friedman afirma que un incremento o variación en la tasa de crecimiento de la oferta de dinero repercute en la producción y en el nivel general de empleo, pero este efecto es transitorio y limitado. En el largo plazo, como los salarios y los precios son sensibles a las variaciones en la cantidad de dinero, el único efecto duradero es un más alto nivel general de precios y salarios, sin oscilaciones permanentes en la cantidad agregada de empleo y producción. De este modo, cualquier efecto sobre los precios relativos, la localización de los recursos o la distribución del ingreso durante un período de inflación monetaria será en definitiva temporario y de poca importancia. Se trata de los "efectos del primer round", como gusta llamarlos Friedman, con escasa significación en la perspectiva del largo plazo. En su opinión, la teoría cuantitativa del dinero debe restarle importancia a los primeros efectos. Los cambios en la oferta de dinero podrían ilustrarse con lo que sucedería si un helicóptero arrojase dinero al azar sobre la población: la gente recogería ese dinero y procedería a gastarlo hasta producir una suba de los precios a un nivel lo suficientemente alto como para equilibrar otra vez la demanda de dinero con la oferta.

Pero los austríacos no comparten esta visión tan simplista de los efectos que producen los cambios en la oferta de dinero. Si bien aceptan en general los mencionados efectos en largo plazo, consideran en cambio que algunas cosas mantendrán sus precios constantes a pesar del alza generalizada. De ahí que para ellos resulte indispensable analizar de qué manera se producen los cambios en la oferta de dinero, cómo ingresan dichos cambios en el circuito económico, y en particular, la forma en que influye sobre las distintas ofertas y demandas individuales, sobre los precios individuales y los planes de producción. No es lo mismo que la oferta de dinero se expanda vía créditos a los consumidores, o a través de préstamos a los productores, vía Departamento de Defensa, o

subsidios de desempleo, etc. La mayor objeción que plantean los austríacos al análisis monetarista de Chicago, radica en el hecho de que al depender de las condiciones subyacentes de la economía, cada modalidad de inyección monetaria producirá una consecuencia diferente, aún tratándose de la misma cantidad agregada de dinero. Este detallado análisis de la influencia para nada neutral de los cambios en la oferta de dinero es esencial para comprender enteramente cualquier tipo de efecto vinculado a la inflación en una economía de mercado.

Finalmente, no debe extrañar que este diferente enfoque de la influencia del dinero en la economía haya también provocado divergencias entre ambas escuelas respecto a las causas que dieron origen a la *Gran Depresión* de los años 30. Así, Friedman analiza la década del 20 y concluye que la política de la Reserva Federal en aquellos tiempos no era en modo alguno inflacionario, dado que el nivel general de precios se mantuvo medianamente estable durante toda la década del 20. La crítica que le formula a la Reserva Federal consiste en que a principios de los 30 no hizo demasiados esfuerzos para incrementar la oferta de dinero, luego de haberla contraído un tercio, para sacar a la economía americana de la depresión. Los austríacos, por su parte, intentan ver más allá de la estabilidad de los precios que ciertamente caracterizó la década, y afirman que dicha estabilidad precisamente se debió a la expansión de la oferta de dinero manejada por el banco central americano. Si no se hubiese expandido la oferta, los precios habrían bajado lentamente, reflejando de ese modo un significativo aumento en la productividad y en la producción, producto de la innovación tecnológica y la acumulación de capital. Pero en vez de ello, la expansión monetaria mantuvo el nivel general de los precios a un nivel superior del que realmente debería haber estado, con lo cual terminó orientando en la dirección errónea el capital de inversión, el trabajo y los recursos. A partir de 1929 terminan de evidenciarse las políticas erráticas de la Reserva Federal. La solución debió buscarse en una reducción del capital mal invertido, en la impulsión de una baja de precios y salarios que reflejara el ocaso de la actividad económica y la disminución en la cantidad de dinero a causa de los quebrantos bancarios originados en los malos préstamos otorgados y en el retiro masivo de los fondos por parte de la gente. Pero la administración de Hoover y más tarde *el New Deal* de Roosevelt hicieron lo contrario y de esta manera profundizaron y prolongaron la crisis económica.

De todos modos, y a fin de concluir esta breve caracterización de ambas Escuelas partidarias del libre mercado, podemos decir que si bien presentan

grandes diferencias en torno a cuestiones tan relevantes como el papel del dinero y las herramientas metodológicas con las cuales debe abordarse el estudio del proceso económico, coinciden sin embargo en una tesis capital: *la planificación central de la moneda ha creado una enorme inestabilidad económica en el siglo XX*. Unido a esto, la solución radica en que *definitivamente* se sustraiga al Estado el control del dinero y del sistema bancario.

2.- VIDA Y OBRA DE MILTON FRIEDMAN

En la *Autobiografía* que Friedman compuso en ocasión de recibir el Premio Nobel de Economía en 1976⁵, tenemos la fuente más verídica de todas cuantas podemos consultar para saber exactamente quién es este hombre, dónde estudió, qué avatares intelectuales sufrió su vida, y en definitiva, cómo se fue gestando su concepción liberal de la política y de la economía. De esta fuente me sirvo principalmente en la presentación que sigue.

Milton Friedman (*MF* en adelante), cuarto y último hijo de Jenó Saul Friedman, pero el primero de Sarah Ethel Landau, nació el 31 de julio de 1912 en Brooklyn, New York. Sus padres, oriundos de Carpathia-Ruthenia, por aquel entonces una provincia del Imperio Austro-Húngaro, más tarde de Checoslovaquia y luego de la ya desaparecida URSS, emigraron en su adolescencia hacia los EEUU, donde se encontraron y casaron. Al año de nacer MF, sus padres se mudaron a Rahway, New Jersey, una pequeña ciudad distante unas veinte millas de New York. Allí conocieron la escasez, dado que su madre instaló una pequeña despensa de "productos secos" mientras que su padre se embarcó infructuosamente en una serie desafortunada de "aventuras laborales". El ingreso familiar era realmente escaso y con frecuencia incierto, acompañado de constantes crisis económicas familiares; pero a pesar de ello nunca faltó para comer, y el clima familiar era agradable y tolerante.

MF cursó junto a sus hermanas la escuela primaria y secundaria, graduándose en la *Rahway High School* en 1928, antes de cumplir dieciséis años. Ese año falleció su padre, dejándole a su madre la pesada carga de tres hijos que atender. Sin embargo, era un asunto aparentemente fuera de toda discusión que MF iría a la Universidad, aunque tuviera que costársela solo. Con gran fortuna, fue premiado con una selectiva beca para estudiar en la *Rutgers University*, una universidad mayormente privada y por entonces bastante pequeña, que recibía alguna ayuda financiera del Estado de New Jersey, principalmente a través de becas de estudio. A pesar de la beca, debió costearse el resto de sus estudios por medio de trabajos de mesero, empleado de tienda, ocasionales emprendimientos

comerciales, y otros "trabajitos de verano". Así pudo graduarse en 1932 en Matemáticas, dado que su afán era llegar a ser *estadístico*⁶, de manera que se especializó en dicha rama y avanzó lo suficiente como para rendir los exámenes de Estadística, de los cuales aprobó algunos y reprobó otros tantos. Pronto sin embargo comenzó a interesarse por la Economía, y así fue que terminó finalmente con el equivalente a una especialización en ambos campos.

A partir de este momento comienza MF a establecer una serie de contactos y amistades que marcarán para siempre su carrera. En Economía tuvo la fortuna -según nos dice en su *Autobiografía*- de conocer a dos hombres notables, a quienes ganó como amigos de por vida: Arthur Burns, quien por aquellos años enseñaba en *Rutgers* mientras preparaba su disertación doctoral en *Columbia*, y Homer Jones, que enseñaba en la Universidad de Chicago en los intervalos de los cursos de grado. MF dice de Arthur Burns que éste moldeó su comprensión de la investigación económica, lo introdujo en los más altos estándares científicos, y se transformó en una señera influencia de su posterior carrera. Por su parte, Homer Jones lo introdujo en la rigurosa teoría económica, hizo que la Economía le resultase apasionante, y lo alentó a continuar en su trabajo de graduación. Con su recomendación, el Departamento de Economía de Chicago le ofreció una beca tutelar. Así fue como tuvo que rechazar otra beca de la *Brown University* en Matemática Aplicada. Ya había decidido entonces otorgar su lealtad exclusivamente a la Economía.

1932 fue su primer año en la Universidad de Chicago, y aunque fue el año de sus peores estrecheces económicas, sin embargo atravesó las puertas de un nuevo mundo. Allí conoció a Jacob Viner, Frank Knight, Henry Schultz, Lloyd Mints, Henry Simons y otros estudiantes graduados de todo el mundo. La vibrante y cosmopolita atmósfera intelectual que se respiraba en Chicago por aquella época dejó una impresión tan fuerte en el ánimo de MF como nunca antes ni después tuvo la ocasión de experimentar. También allí conoció a la que sería su futura esposa, Rose Director, MF la describe como una estudiante de Economía tímida, retraída, encantadora y muy inteligente. Este último aspecto parece haber sido determinante en la vida de MF. No debemos olvidar que Rose Friedman ha sido su socia activa durante años en todo su trabajo profesional: una de sus más importantes obras, *Free to Choose. A Personal Statement*, fue escrita en colaboración con su esposa, y la obra más emblemática de su pensamiento liberal, *Capitalism and Freedom*, no hubiese sido posible sin su colaboración, ya que Rose se dedicó pacientemente a reunir una larga serie de conferencias pronunciadas por su esposo hasta darles la forma con que el libro apareció por primera vez en 1962.

Lo cierto es que MF no escatima palabras de elogio para con ella, y con gran dulzura afirma que "*desde que nos casamos hemos vivido felices por siempre, tal como se dice en los cuentos de hadas*".

Merced a la amistad de Henry Schultz con Harold Hotelling, MF recibió el ofrecimiento de una cátedra en la Universidad de Columbia para el año de 1933. Esto no hizo más que seguir ampliando sus horizontes intelectuales. En efecto, Harold Hotelling hizo con él lo que Jacob Viner había hecho con la teoría económica: se la hizo comprender como una totalidad integrada lógicamente, y no como un mera agrupación de recetas inconexas entre sí. También reconoce que Hotelling lo introdujo seriamente a la rigurosa Economía Matemática. Y otros colegas de Columbia, entre los que menciona a Wesley Mitchell y John M. Clark, lo condujeron a una visión de la teoría económica que difería sustancialmente de la de Chicago, principalmente en lo que hace al abordaje empírico e institucional de la realidad. Al respecto, es realmente sorprendente la humildad y honestidad intelectual con que MF se refiere siempre a sus colegas. En su *Autobiografía* afirma sin ambages que también en *Columbia*, al igual que en *Chicago*, unos excepcionales compañeros de cátedra fueron sus más efectivos maestros. Como dijo Stephen Chapman, columnista del *Chicago Tribune*, en oportunidad de reseñar una de las tantas ediciones de *Capitalism and Freedom*: "Es raro encontrar un Profesor que enaltezca tanto el pensamiento de sus colegas; es incluso más raro encontrar uno que transforme el mundo; pero Milton Friedman ha hecho ambas cosas."⁷

Después de su estadía en *Columbia* por un año, regresó a *Chicago*, donde pasó otro año como asistente de investigación de Henry Schultz, quien por entonces completaba su clásica obra *The Theory and Measurement of Demand*. Allí trabajó amistad de por vida con dos compañeros investigadores: George J. Stigler (Premio Nobel de Economía en 1982 por sus estudios seminales en las estructuras industriales, funcionamiento de los mercados y causas y efectos de la regulación pública), y W. Allen Wallis.

A partir de 1935 comienza una lenta incursión de MF en la arena pública. Allen Wallis había partido en 1934 hacia Washington para tomar parte en el *New Deal* de Roosevelt. En el verano de 1935 logra convencer a MF de trabajar en el *National Resources Committee* con el objeto de diseñar un amplio estudio del presupuesto de consumo, por ese entonces en preparación. Ese trabajo fue uno de los dos principales laboratorios de su posterior obra *Theory of the Consumption Function* (1957); el otro estuvo dado por su trabajo en el *National Bureau of Economic Research*, en donde asistió a Simon Kuznets en sus estudios sobre el

ingreso profesional (Kuznets fue Premio Nobel de Economía en 1971 "por su interpretación empíricamente fundamentada del crecimiento económico, que ha conducido a una nueva y más profunda intelección de la estructura económica y social y del proceso de desarrollo", en palabras de la Fundación otorgante). El resultado de este último trabajo fue la publicación de *Incomes from Independent Professional Practice*, en colaboración con Kuznets, y que le sirvió de base para su disertación doctoral en *Columbia* (1946). Esta obra poco divulgada, pero que MF estima como una de las más importantes de su elaboración, fue terminada en 1940. No obstante su publicación se demoró hasta después de la Guerra, a causa de la controversia que suscitó entre algunos de los directores del *National Bureau* por la conclusión a la que el libro llegaba: los poderes monopólicos de la corporación médica habían elevado sustancialmente el ingreso de sus afiliados en relación al de los dentistas. Desde el punto de vista científico, la obra introducía por vez primera los conceptos de ingreso transitorio e ingreso permanente. MF reconoce que el elemento catalizador de su trabajo sobre el consumo tanto como de su posterior análisis del ingreso profesional en torno a la hipótesis del ingreso permanente estuvo dado por las encendidas conversaciones que mantuvo con su esposa y dos amigas del matrimonio, Dorothy S. Brady y Margaret Reid, en su cabaña de veraneo en New Hampshire. Continuando su actividad pública, desde 1941 hasta 1943 estuvo en el *U.S. Treasury Department*, trabajando en la política fiscal de los tiempos de la Guerra, y desde 1943 hasta 1945 estuvo en la *University of Minnesota*, con un grupo liderado por Harold Hotelling y Alien Wallis, trabajando como estadístico y matemático en los problemas del diseño de las armas, tácticas militares, y experimentos metalúrgicos. En tal actividad (y toda otra que tuviese que ver con algo semejante) cesó el 8 de mayo de 1945, día de la victoria aliada en Europa. Luego de estas alternativas de guerra, en 1945 se unió a George Stigler en la Universidad de Minnesota. Después de permanecer un año allí, la Universidad de Chicago lo invitó a enseñar *Teoría Económica*, cátedra que había quedado vacante por la partida de Jacob Viner hacia la *University of Princeton*. El propio MF asegura que recién allí se sintió de vuelta en casa, dado que *Chicago* siempre fue su hogar intelectual. A eso se sumó la invitación que Arthur Burns, entonces director del *National Bureau*, le hizo a fin de que se uniera nuevamente al staff de dicho organismo, con la responsabilidad de estudiar el rol del dinero en los cielos económicos. La combinación de la cátedra en Chicago con su labor en el *National Bureau of Economic Research* fue altamente productiva para su posterior carrera. En Chicago estableció un "Taller de la Moneda y del Sistema Bancario",

lo que hizo que muchos de sus estudios monetarios -por los que cobró su mayor celebridad- fuesen resultado de un trabajo colectivo en el que muchos investigadores colaboraron, más bien que el esfuerzo de un hombre aislado. Fiel a su honesta costumbre, MF se ha enorgullecido siempre de todos los que participaron en dicho proyecto, entre los cuales se encuentran muchos de los estudiosos que lideraron en forma categórica el renacer de los estudios monetarios, que tanto ha significado en el progreso de la ciencia económica durante las últimas décadas. En el *Bureau* contó con el apoyo de Anna J. Schwartz. Con su colaboración publicó una obra monumental como es *Monetary History of the United States, 1867-1960*. De esta mujer elogia su brillante capacidad como historiadora económica y su meticulosa atención a los detalles, lo que fue de una gran ayuda para contrarrestar su propensión a las teorizaciones. Esta obra sobre la historia del monetarismo y la estadística fue enriquecida y complementada tanto por los estudios empíricos como por los desarrollos teóricos que brotaron del "Taller de Chicago".

Un dato que MF no menciona en su *Autobiografía*, pero que consideramos de suma importancia a fin de valorar el proceso genético de su concepción extremadamente liberal de la economía y la política, es que a finales de los años 40 y comienzo de los 50, junto a otros investigadores fundó una organización llamada *Mount Pelerin Society*, dedicada a promover una *filosofía liberal y clásica*, entendiéndolo por tal, "la que sustenta una economía libre, social y civilmente fundada en los derechos humanos"⁸. La finalidad de esta sociedad era sencillamente proveer al público en general de un lugar donde juntarse, discutir sus problemas -siempre vinculados a la orientación de la política y la economía- y resolver sus dificultades, tanto respecto de cuestiones políticas como estrictamente filosóficas, pero siempre con la idea de revalorizar el pensamiento liberal clásico de "ese gran economista y filósofo de la segunda mitad del siglo XVIII que fue Adam Smith", de quien MF se confiesa un orgulloso admirador. De hecho, en la mayoría de los artículos de divulgación que MF elabora para el gran público, no pierde ocasión de citar alguna frase del *padre de la economía clásica* que ilustre claramente el tema a exponer, lo que revela definitivamente cuál ha sido la fuente de inspiración de su concepción liberal de la economía y la política⁹.

En el otoño de 1950 pasó cuatro meses en París como consultor del Gobierno de los EE.UU., administrando el *Plan Marshall*. Su misión más importante fue estudiar el *Plan Schuman*, precursor del Commonwealth. MF señala que ése fue el origen de su interés por las tasas de cambio flotantes, y también el punto de

partida que le permitió arribar a la conclusión de que un mercado común inevitablemente naufragaría sin dichas tasas de cambio flotantes. Su ensayo *The Case for Flexible Exchange Rates* fue el resultado de toda esta experiencia.

Durante el año académico de 1953-54 fue *Fullbright Visiting Professor* en el *Goimville & Cains College*, de la Universidad de Cambridge. De esta experiencia recuerda MF que, dado que sus puntos de vista liberales eran "extremistas" para cualquier académico de la Escuela de Cambridge, fue recibido en forma neutral pero amistosa por los dos grupos en que se dividían trágica y profundamente los economistas de dicha escuela: D.H. Robertson y los "antikeynesianos" por un lado, y Joan Robinson, Richard Kahnn y la gran mayoría de los "keynesianos", por el otro.

Fue la década de los sesenta la que vio a MF ingresar cada vez más en el terreno de la actividad política. En 1964 sirvió al senador Goldwater en su infructuosa campaña hacia la presidencia de los EE.UU. En 1966 comenzó a escribir sobre diversos asuntos vinculados siempre a la política económica, tales como la educación pública, la salud, y el problema del narcotráfico entre otros. Esos artículos aparecían en una columna de un periódico de gran divulgación en los EE.UU., *Newsweek*, y alternaba en la consideración de tales temas con otros economistas, entre los que se encontraban Paul Samuelson y Henry Wallich. Finalmente, en 1968, integró el comité de consejeros económicos que asesoró al candidato Richard Nixon en su triunfante campaña hacia la presidencia.

La aparición en 1962 de *Capitalism and Freedom* tiene mucho que ver con su gradual incursión en el campo de la actividad pública. Esta obra, la primera que escribe para el público en general, muestra los fuertes sentimientos de un hombre que, además de ser un riguroso teórico e investigador de la economía, decide tomar parte en los destinos de su país, convencido de la necesidad de preservar los ideales de libertad que inspiraron la revolución americana y fundaron decididamente su nación. Resulta patente en esta obra su creencia fundamental en el individuo y en las libertades constitucionalmente garantizadas a todas las personas por medio del ejercicio de los derechos individuales, y como contrapartida, la encendida defensa de un gobierno representativo y limitado, que mantenga un *mínimo orden*. Su tesis capital es que esto sólo puede lograrse a través del capitalismo y de una economía de libre mercado. Algunos de sus biógrafos consideran que el hecho desencadenante que movió a MF a tomar parte en la opinión pública fue el fracaso de la política exterior de Kennedy, estrepitosamente puesto de manifiesto con el desastroso desembarco en Bahía

de los Cochinos, Cuba, 1961- y la peligrosa impronta intervencionista que el país estaba tomando bajo su gobierno demócrata¹⁰.

De todos modos, el propio MF asegura que tales actividades públicas han sido siempre una dedicación menor en su vida, y que en más de una oportunidad se permitió rechazar ofrecimientos para dedicaciones exclusivas en Washington, dado que su interés primordial ha sido siempre el trabajo científico. Recién en 1977 se retiró de la actividad docente en Chicago, aunque ha mantenido siempre alguna conexión con su Departamento de Economía y sus actividades investigativas. Desde entonces y hasta el presente, pasa los meses de primavera y verano en Vermont, donde tiene acceso a la Biblioteca del *Dartmouth College*, y los de otoño e invierno en la *Hoover Institution* de la Universidad de Stanford, como *Senior Research Fellow*.

3.- UNA CONCEPCIÓN LIBERAL "EXTREMISTA" DE LA ECONOMÍA Y LA POLÍTICA

Procederé ahora a analizar algunas de las más importantes propuestas económicas de MF, a fin de mostrar el núcleo central de su tesis liberal "extremista" en torno a la libertad humana y el rol del Estado.

La íntima conexión existente entre lo que tradicionalmente se llama *teoría económica* -o economía pura- y la *política económica* es aceptada por el propio MF y hasta defendida por él en forma encendida, como puede verse en el capítulo inicial de *Capitalism and Freedom*. En su opinión, es un contrasentido propugnar la libertad de mercado en términos amplios y defender la intervención del Estado en cuestiones que no sean "estrictamente económicas" (salud, educación, regulación de las profesiones, lucha contra el delito, etc.), porque ninguna de estas cuestiones hace a la finalidad esencial del mismo, como tampoco lo es en modo alguno la regulación del mercado. En esta concepción *minimalista* del Estado se pone de manifiesto la tremenda coherencia del gran teórico de la economía y el activo hombre público que ha sabido ser MF. Otra cuestión ya muy distinta aceptar como correctos los *presupuestos filosóficos* que inspiran y gobiernan la totalidad de su pensamiento, sobre todo en lo que hace a la concepción de la libertad humana y a las características y fines del Estado.

El pensamiento económico de MF es de un liberalismo que podríamos calificar por los menos de "extremo". Al leer el segundo capítulo de *Free to Choose. A personal Statement*, una de sus obras más divulgadas, titulado *The Tyranny of Controls*, encontramos una clara muestra de su postura absolutamente contraria a todo tipo de control que provenga del Estado, tanto de las actividades

económicas internas, como del comercio exterior, las tasas de cambio o las inversiones de capitales que orientan la economía general de un país. Citando expresamente a Adam Smith, sostiene que en cualquier país, el interés del gran conjunto de la población estriba siempre en comprar cuanto necesite a quienes más barato se lo vendan, pero es la "retórica interesada de los comerciantes e industriales" la que pone en tela de juicio esa verdad tan evidente como indemostrable. El ejemplo más claro se encuentra para MF en el comercio internacional, donde las ganancias que algunos comerciantes e industriales obtienen gracias a los aranceles y otras restricciones no pueden compararse en manera alguna a las pérdidas que sufren el resto de los productores, y ciertamente los consumidores en general. La absoluta libertad de comercio no sólo promueve el bienestar general de la población -a tal punto que no existe en su opinión otro medio mejor de promover dicho bienestar-, sino también la paz y la armonía entre las naciones, a la vez que estimula la competencia interna.

En toda la profusa literatura escrita en los últimos siglos sobre la libertad de comercio y el proteccionismo, MF encuentra sólo tres argumentos que podrían tener cierta validez a favor de este último: el primero de los que se esgrimen tiene que ver con la seguridad nacional; el segundo, con la protección de las llamadas "industrias nacientes"; el tercero, con el hecho de que la libertad de comercio estaría muy bien si la practicasen todos los países, pero como esto no es así, cada país se ve compelido a proteger sus productos contra el "proteccionismo" de los países con los que compite. Para MF, todos estos argumentos son cortinas de humo, producto de la "retórica interesada de los comerciantes e industriales". Respecto a la seguridad nacional, sería necesario comparar el costo de consecución de dicho objetivo con distintas políticas económicas alternativas, y presentar argumentos que mostrasen claramente que el arancel es la política menos costosa; pero esas evaluaciones rara vez se dan en la práctica. En relación al segundo de los argumentos, se denomina "industria naciente" toda actividad potencial que, una vez establecida y apoyada durante sus crisis de crecimiento, es capaz de competir en igualdad de condiciones en el mercado mundial. Pero tampoco se justifican los aranceles que protejan este tipo de actividades: para la población en general sólo puede resultar útil subvencionar una industria inicialmente -de eso se trata cuando se establece un arancel- si luego puede volver a recibir como mínimo el importe de dicha subvención de alguna otra manera, a través de precios futuros más bajos que el precio mundial, o por medio de otra ventaja que le procure el hecho de tener esa industria. Esto casi nunca ocurre. Más aún, este tipo de industrias nunca

terminan de desarrollarse, y en caso de sobrevivir y lograr establecerse, los aranceles rara vez son eliminados. Cuando se sigue el llamado "principio de la ventaja comparativa", que consiste en producir solamente aquello en lo que un país es definitivamente más eficiente que el resto -lo que A. Smith, en otros términos, llamaba *división internacional del trabajo*- no es necesario arancelar ninguna de las "industrias nacientes". En relación al tercero de los argumentos (la imposibilidad de practicar el libre comercio cuando el resto -o uno solo- de los países "protege" su producción de alguna manera), no existe ninguna razón teórica ni práctica que permita sostener fundadamente la necesidad de arancelar la propia producción. El perjuicio provocado a quienes practican el libre comercio es inevitable, por cierto, pero no debe olvidarse que a la larga el principal perjudicado es el país proteccionista, y si uno responde en represalia a esa política imponiendo otras restricciones, no sólo no logra disminuir en modo alguno el proteccionismo ajeno, sino que termina multiplicando indiscriminadamente las restricciones. MF no ahorra críticas al gobierno de su propio país por haber hecho tal cosa respecto de Japón y Taiwán, inconcebible en "*una gran nación, líder del mundo libre*".

En lo que hace al control de las tasas de cambio, la opinión de MF es que los gobiernos intervienen en los mercados de cambio internacionales porque los tipos de cambio no hacen más que reflejar las políticas económicas interiores. Al tiempo en que MF escribía este libro, el dólar estadounidense se mostraba débil en comparación con el yen japonés, el marco alemán y el franco suizo. La causa estaba en la mayor inflación sufrida en EE.UU. que en aquellos países. La inflación supone que el dólar tiene un poder adquisitivo cada vez menor en el mercado interno, por lo que no debe sorprender que su poder adquisitivo se reduzca también en el mercado exterior. Pero el gobierno de los EE.UU., como casi todos los gobiernos del mundo, trata de ocultar esta situación por todos los medios, entre los cuales el más expeditivo es echar mano al control de las tasas de cambio. Todo gobierno, en general, que provoca inflación, manipula el tipo de cambio exterior, y si fracasa, echa la culpa de la inflación interna a la baja experimentada por el tipo de cambio exterior, confundiendo la causa con el efecto.

En punto a la planificación económica centralizada, que va desde la elemental decisión de qué, cuánto y a qué precio producir, hasta el diseño de toda una serie de políticas fiscales y monetarias, planes de inversión, etc., el rechazo de MF es tan categórico como en los ítems anteriores. Viajando por distintos países subdesarrollados, MF recuerda haberse impresionado una y otra vez por el

asombroso contraste entre las ideas que sobre la realidad sostienen los intelectuales de tales países, por una parte, y los hechos escuetos, por otra. Es común que en tales lugares se dé por sentado que el capitalismo de libre empresa y el sistema de mercado sean "instrumentos para explotar a las masas", y que la planificación económica central sea la única vía posible de colocar a un país en la senda del progreso económico rápido. Pero los hechos son muy distintos. En todos los sitios en que el Estado se encarga de controlar minuciosamente las actividades económicas de sus ciudadanos, éstos se encuentran políticamente encadenados, tienen un nivel de vida bajo y escaso poder para controlar su destino, porque quien ve restringida su libertad económica, tarde o temprano termina viendo cercenadas también sus libertades civiles y políticas. El Estado puede prosperar y construir monumentos impresionantes; las clases privilegiadas pueden gozar de todas las comodidades materiales, "pero el común de la población no es más que un instrumento utilizable para conseguir los fines del Estado, y no recibe más que lo estrictamente necesario para mantenerla dócil y razonablemente productiva". En cierta oportunidad, MF recibió de parte de un importante empresario hindú una fuerte censura por sus críticas a la detallada planificación central de la India. En términos precisos le dijo que el gobierno de un país pobre como la India debía controlar las importaciones, la producción interna y la asignación de las inversiones, y por deducción, garantizar los privilegios especiales en todas estas áreas que son la fuente de prosperidad, a fin de asegurar las "prioridades sociales" por encima de la demanda "egoísta" de los individuos. Este empresario, que expresaba sencillamente los puntos de vista de los profesores y otros intelectuales de la India, como sin duda de otras partes del tercer mundo, era sin embargo y a pesar de sus quejas extremadamente culto y sumamente próspero. Con humor, MF recuerda que físicamente era el modelo de la caricatura marxista de un obeso capitalista.

El ejemplo más obvio del desatino al que una planificación económica centralizada conduce lo encuentra MF en el contraste entre Alemania Oriental y Occidental después de la Segunda Guerra. Gente de un mismo origen, con una misma civilización, un mismo nivel de desarrollo técnico y conocimiento habitaban las dos partes de lo que siempre había sido una sola nación. Pero una de ellas prosperó y la otra debió construir un muro para encerrar a sus habitantes. Este muro era vigilado con guardias armados y perros fieros, campos de minas y otros instrumentos por el estilo, a fin de impedir que algunos abandonaran su "paraíso comunista" por el "infierno capitalista" del otro lado

del muro. Mientras que a un lado del muro la gente compraba productos procedentes de todo el mundo, entre los que se encontraban revistas y periódicos que expresaban toda variedad de opiniones, al otro lado "la ciudad era descolorida y gris", las calles estaban vacías, los escaparates de las tiendas apagados, y los edificios sucios, cuando no en ruinas por la devastación de la guerra que en más de tres décadas no había sido reparada. *"Una hora en Berlín era suficiente para entender por qué las autoridades levantaron el muro"*, resume MF. El milagro de Alemania Occidental se debió sin dudas al sistema de mercado libre. MF recuerda que en un país devastado y derrotado, el domingo 20 de junio de 1948, el ministro alemán Ludwig Erhard introdujo una nueva moneda, el marco alemán, y abolió casi todos los controles sobre los precios y los salarios, actuando en domingo porque las oficinas de las autoridades de ocupación americanas, francesas e inglesas estaban cerradas. Al cabo de unos días las tiendas estaban llenas de bienes, y en unos pocos meses la economía alemana progresaba a toda velocidad.

Toda esta defensa a ultranza del mercado libre conduce necesariamente a preguntarnos qué es en definitiva la libertad económica. La respuesta de MF es clara: consiste esencialmente en la facultad de escoger la manera en que cada uno decide gastar sus ingresos. Pero esto que parece tan simple le permite afirmar que en un país como los EE.UU. en que el gobierno federal, estatal y local utiliza casi un 40 por ciento de los ingresos de cada uno de los ciudadanos, la libertad económica que su ideario proclama es más bien aparente (*sic*). Un ejemplo: en 1979 el impuesto federal sobre las rentas de las sociedades ascendió al 46% de todos los ingresos por encima de 100.000 dólares anuales, y en años anteriores había llegado a ser del 48%. Eso quiere decir que el gobierno federal tiene derecho a 46 centavos de cada dólar de beneficio. Por tanto, la administración de Washington es dueña del 46% de cada sociedad anónima, aunque no de una manera que se la autorice a votar directamente en los asuntos de la sociedad. Pero esa sola situación es incomprensible para MF. En rigor, si los norteamericanos creen ser una sociedad capitalista, formada por empresas privadas libres, la realidad es que en un 46% son socialistas. Llevando el análisis a sus extremos, MF sostiene que los norteamericanos ni siquiera son libres, como consumidores, para escoger el modo de gastar la parte de sus ingresos una vez deducidos los impuestos: no pueden comprar ciclamatos ni laetril, por la prohibición del gobierno fundada en razones de salud pública; los médicos de cabecera no son libres para recetar muchos fármacos que pueden considerarse los más adecuados para ciertas dolencias por las mismas razones, aún cuando

estos fármacos se compran fácilmente en el exterior; no se puede comprar un automóvil sin cinturón de seguridad, por razones de seguridad impuestas por el gobierno; y así la lista de restricciones es interminable. Lo curioso aquí, como más adelante expondremos, es que MF parece negarle al Estado toda injerencia en materia de salud, educación, higiene, moralidad y seguridad pública, tal como se desprende de los ejemplos mencionados. La única misión del Estado es proteger a sus ciudadanos de los enemigos externos, y *ad intra*, asegurar un mínimo orden que haga posible el comercio y la prosperidad. No es ni más ni menos que el pensamiento político de John Locke revitalizado a fines del siglo XX.

Otra parte esencial de la libertad económica está dada por la facultad de utilizar los recursos que se poseen de acuerdo con los valores propios: libertad para aceptar un empleo, para comprometerse en un negocio, para comprar y vender a cualquier persona mientras se actúe sobre una base estrictamente voluntaria y no se acuda a la coacción, el engaño u otros vicios. Sin embargo, también en esto los ciudadanos que habitan "*la cuna del mundo libre*" carecen de mínimas libertades: no son libres para ofrecer sus servicios como abogados, médicos, dentistas, fontaneros, barberos, o cualquier otra ocupación, sin antes conseguir un permiso o una autorización de un funcionario gubernamental; no son libres para trabajar horas extras acordadas previamente con el empresario porque las normas laborales y del derecho de seguridad social no lo permiten; no son libres de abrir un banco, entrar en la industria del taxi, o en la venta de electricidad, o del servicio telefónico, o explotar una línea de ferrocarril, autobús o línea aérea sin antes recibir una autorización gubernamental. Y así la lista de restricciones que MF denuncia y ataca es interminable, a punto tal que un lector desprevenido difícilmente creería que tales restricciones puedan tener lugar precisamente en los EE. UU.

En su opinión, lo más grave no es solamente esto. El mayor perjuicio estriba en el hecho de que las restricciones a la libertad económica llevan inevitablemente a restringir las libertades civiles y políticas, principalmente la libertad de prensa y expresión, y aún la libertad de culto. Los ejemplos que MF trae a colación son numerosos. Basta citar el ejemplo de los granjeros de la comunidad *amish*, que viven en los Estados de Pennsylvania, Ohio e Indiana. Dichos granjeros cultivan la tierra con implementos antiguos y se oponen a los avances de la civilización, y precisamente por negarse a pagar las cargas de la seguridad social -renunciando como contrapartida a sus beneficios- han visto sus casas y otras propiedades embargadas y ejecutadas. Sus hijos han sido también denunciados por

ausentismo escolar al no concurrir a las escuelas "oficiales", a pesar de recibir instrucción privada en sus comunidades. Todo esto ocurre, como MF irónicamente lo destaca, en la "tierra que fue la cuna de todas las libertades".

3.1.- LAS RELACIONES ENTRE LA LIBERTAD ECONÓMICA Y LA LIBERTAD POLÍTICA

Más arriba afirmé que MF no descarta la conexión existente entre la economía pura y la aplicada, o entre la Teoría Económica y la Economía Política. Uno de los textos en que con mayor claridad se encuentra expuesto su punto de vista al respecto, es el capítulo inicial de *Capitalism and Freedom*, titulado precisamente *The Relation between Economic Freedom and Political Freedom*. Allí critica el autor la errónea y ampliamente divulgada opinión de que la economía y la política se encuentren separadas y desconectadas, y que cualquier política puede combinarse felizmente con cualquier economía. El despropósito más elocuente de esta creencia se encuentra en la *socialdemocracia* o democracia socialista, que condena las restricciones a las libertades individuales impuestas por el socialismo totalitario de Rusia, y a la vez cree que es posible adoptar las principales características de su sistema económico, asegurando las libertades individuales desde la política. *Un país que se proclama socialista no puede ser a la vez democrático*, en el sentido de garantizar la libertad del individuo. Tal es la tesis central del mencionado capítulo.

Las políticas económicas de un Estado juegan un doble rol en la promoción de una sociedad libre. Por un lado, la libertad económica de cualquier política de Estado es ella misma un componente insoslayable de la libertad ampliamente entendida; por lo tanto, la libertad económica es un fin en sí misma. Por otro lado, la libertad económica es un medio indispensable en la consecución de la libertad política. El primero de estos aspectos es enfatizado sobremanera por MF, dado que la mayoría de los intelectuales sienten una fuerte aversión a considerar este aspecto de la libertad -el económico- como realmente importante. Experimentan más bien la tendencia a mirar con menosprecio los aspectos "materiales" de la vida, y a considerar su búsqueda de los "valores superiores" como digna de la verdadera atención y cuidado. Pero para la mayoría de la gente, excluidos los "intelectuales", la importancia directa de la libertad económica es tan significativa como la importancia indirecta que tiene ella como medio para alcanzar la libertad política. Los ciudadanos de Gran Bretaña que luego de la Segunda Guerra no podían pasar sus vacaciones en los EE.UU. por el control impuesto al cambio de la moneda, fueron despojados de una libertad

esencial, al igual que los ciudadanos norteamericanos que no podían pasar sus vacaciones en Rusia por razones políticas. De un lado teníamos una ostensible limitación a la libertad económica, del otro, una limitación a la libertad política, pero no existían diferencias esenciales entre ambas. El ciudadano norteamericano que es obligado por el Estado a pagar casi el 10% de sus ingresos en la contratación de un seguro de retiro, administrado por el propio gobierno, está siendo privado de otro tanto porcentual de su libertad personal. Cuán fuerte puede ser esta privación, y cuán cercana a la privación de la libertad religiosa, que nadie dudarla en llamar "civil" o "política", pero no "económica", lo muestra el dramático episodio antes mencionado de los granjeros pertenecientes a la secta *amish*.

Entendida como medio indispensable para alcanzar la libertad política, la política económica es muy importante a causa de su efecto en la concentración o dispersión del poder. El tipo de sistema económico que procura la libertad económica, es decir, el capitalismo competitivo, también promueve la libertad política, porque al separar el poder económico del poder político, permite a cada uno de ellos oponerse al otro. La evidencia histórica habla a las claras de la relación existente entre la libertad política y el libre mercado. MF no recuerda ejemplo alguno de sociedades que hayan sido marcadas durante largo tiempo por el signo de la libertad política que a la vez no hayan organizado algo parecido al libre mercado para permitir el desarrollo de la actividad económica.

Dado que vivimos en una sociedad ampliamente libre, experimentamos algo así como la tendencia a olvidar cuán reducido ha sido el período de tiempo y cuán limitada la parte del planeta en que ha reinado algo parecido a la libertad política: el estado típico de la humanidad ha sido casi siempre la tiranía, la servidumbre y la miseria. El siglo XIX y los comienzos del siglo XX en Occidente emergen como las excepciones sobresalientes a esta tendencia general del desarrollo histórico. En esta instancia, la libertad política claramente hizo su entrada en la historia de la mano del libre mercado y del desarrollo de las instituciones capitalistas. Lo mismo ocurrió en el siglo de oro de la Grecia Antigua y en los primeros albores de la era romana. Pero la historia enseña solamente que el capitalismo es una condición necesaria de la libertad política, mas no suficiente. La España franquista y la Italia fascista, Alemania en varios períodos de los últimos setenta años, Japón antes de las dos Guerras Mundiales y la Rusia zarista fueron todas sociedades en las que era inconcebible hablar de libertad política. Sin embargo en cada una de ellas la empresa privada era la forma dominante de organización económica. Quiere decir entonces que es posible encontrar

políticas económicas que sean fundamentalmente capitalistas y formas políticas de gobierno que no sean libres. Con todo, los habitantes de aquellas naciones gozaban de bastante más libertad que los ciudadanos de los Estados totalitarios modernos como la URSS o la Alemania nazi, en los que el totalitarismo económico se ha combinado con el totalitarismo político. Incluso en la Rusia de los zares era posible para un ciudadano cualquiera, bajo ciertas condiciones, cambiar de empleo sin necesidad de una autorización de parte de la autoridad política porque el capitalismo y la existencia de la propiedad proveían de un cierto control al poder centralizado del Estado.

Para MF la relación existente entre la libertad económica y la libertad política es compleja, y de ninguna manera unilateral. En el siglo XIX Bentham y los llamados "filósofos radicales" (*sic*) se inclinaban a ver la *libertad política* como un medio para la consecución de la *libertad económica*. Estaban convencidos de que las masas se encontraban oprimidas por las restricciones impuestas por el gobierno, de manera que si la reforma política concedía al grueso de la gente la posibilidad del voto, ésta haría lo que resultase provechoso para sí misma, es decir, votar a favor del *laissez faire*. En juicio de MF, no puede decirse que estuviesen equivocados. En efecto, en la Europa occidental la reforma política fue acompañada de una reforma económica precisamente en dirección al liberalismo. De ello se siguió también un notable incremento del bienestar de las masas. El gran filósofo español Ortega y Gasset coincide con este diagnóstico en su célebre capítulo sexto de *La rebelión de las masas*, en el que sostiene básicamente que la democracia liberal del siglo XIX y la técnica dieron origen a un incremento en el nivel de vida, caldo de cultivo de ese particular tipo cualitativo de ser humano que es el hombre masa.

El triunfo del liberalismo de Bentham en la Inglaterra del siglo XIX fue seguido de una reacción a favor de un creciente intervencionismo del gobierno en los asuntos económicos. Esta tendencia significativa al colectivismo fue acelerada tanto en Inglaterra como en otras partes de Europa por las dos Guerras Mundiales. La llamada "economía del bienestar" vino a ser así la nota dominante en la mayoría de los países democráticos. Al reconocer la amenaza implícita que esto representaba para el individualismo, muchos intelectuales que MF considera herederos de aquellos "filósofos radicales" -entre los que menciona a Dicey, Mises, Hayek y Simon- temieron que un continuo desplazamiento hacia el control gubernamental de la actividad económica condujese inevitablemente por *El camino hacia la servidumbre*¹¹, tal como Hayek tituló su penetrante análisis

del proceso. Es claro que estos intelectuales pusieron el acento en la libertad económica como medio para alcanzar la libertad política.

También después de la Segunda Guerra la relación entre la libertad política y la económica ha presentado matices diversos. El planeamiento de la economía colectivista ha interferido ciertamente en la libertad de los individuos. Si bien en ciertos países el resultado no ha sido la supresión de las libertades individuales, sí lo ha sido el retroceso de la política económica. De nuevo Inglaterra es el mejor ejemplo. El punto del viraje estuvo dado por la política del "control de los compromisos", que a pesar de las dudas, el Partido Laborista creyó necesario aplicar para llevar adelante su política económica. Completamente forzada y dirigida a ello, la ley controlaría la asignación de los trabajadores a determinados empleos. Esto afectaba tan agudamente la libertad individual que sólo fue practicado en un número poco considerable de casos, hasta que la ley fue dejada de lado tras haber estado vigente por un breve período de tiempo. Su rechazo fue el emblema de un nuevo giro en la economía, marcado por la desconfianza en los "planes" o "programas" centralizados, por el dismantelamiento de numerosos controles y el énfasis en el mercado libre. Un giro parecido tuvo lugar en el resto de los países democráticos. La explicación más cabal de estos cambios en las políticas económicas se encuentra en los limitados éxitos que alcanzan las políticas de planificación y el rotundo fracaso que experimentan siempre para lograr los puntuales objetivos perseguidos. Sin embargo este fracaso debe atribuirse, al menos en gran parte, a las implicancias políticas de la planificación central, y a la falta de voluntad que existe cuando es necesario seguir hasta el final su lógica interna, sobre todo cuando ello significa aplastar con pie de plomo los apreciados derechos privados. Aún así, esto muestra las estrechas implicancias que existen entre la libertad política y las propuestas económicas.

Respecto a la evidencia histórica de esta estrecha relación existente entre la libertad económica y la política, MF acepta que ella nunca puede ser convincente por sí sola. Es posible que haya sido una pura coincidencia la expansión de la libertad en forma coincidente con el desarrollo del capitalismo y las instituciones del mercado. Entonces se vuelve indispensable demostrar que existe una relación lógica y necesaria entre ambas, más allá del testimonio de la historia, ya que la historia puede ser interpretada de diversas maneras según quién sea el intérprete. Pero es justamente aquí donde los argumentos de MF carecen de contundencia.

El razonamiento que sigue MF en este capítulo inicial de *Capitalism and Freedom* - como también en otros escritos- para demostrar la necesidad lógica de esta conexión entre la libertad económica y la política parte de un supuesto filosófico claramente liberal. *La libertad como valor tiene que ver con las relaciones entre los individuos.* A una sociedad no le interesa lo que un individuo haga con su esfera de libertad personal -su intimidad- en tanto y en cuanto no afecte en modo alguno la libertad ajena. Es, ni más ni menos, lo que consagra también el artículo 19 de la Constitución Nacional argentina, de clara inspiración liberal. De modo que en materia de libertad, las cuestiones éticas quedan restringidas a la esfera de la intimidad, lo que constituye uno de las mayores aspiraciones de la filosofía liberal, tal como MF enfatiza. *Los problemas éticos "realmente" importantes son los que enfrenta un individuo de cara a una sociedad libre: qué debería hacer con su libertad.* De este modo encontramos dos series de valores que un liberal enfatizará siempre: los valores que son relevantes en las relaciones "sociales" - contexto en el cual asignará a la libertad el principal de los roles-, y los valores que son importantes para un individuo en el ejercicio de su libertad, *que constituye el reino de la ética y la filosofía.* De manera que en la concepción liberal, tal como la entiende MF -y creo que la entiende a la perfección- la ética nada tiene que ver con la organización de una sociedad, y menos con los fines del Estado. En cuanto a esto último, el liberalismo concibe el problema de la organización social, en tanto problema "negativo", como el de evitar que la "gente mala" dañe a la "gente buena", pero también como el de posibilitar que la "gente buena" haga el bien, teniendo en cuenta que la gente "buena" y la "mala" pueden ser las mismas, dependiendo de quién sea el que emita el juicio.

En conclusión, para MF la organización del Estado es sencillamente una *cuestión de poder*, que se resuelve en un equilibrio de fuerzas: la *libertad* inalienable del individuo (de cuyo origen o fundamento no se hace cuestión alguna, porque ella misma es un *fundamento en sí*, indemostrable), y el bienestar general, que se traduce en un *mínimo orden y seguridad* en el que sea posible la convivencia y el tráfico económico. En la noción liberal de *bienestar general* no ingresan de ninguna manera las cuestiones "éticas", que son las que tienen que ver con la noción de Bien, lo Bueno en sí, ya sea que se entienda como el bien inmanente a la sociedad misma, o el Bien Trascendente. En sus palabras, esto último constituye el *reino de la filosofía*, que queda circunscripta a la esfera de la *intimidad*. Las consecuencias que se derivan de esa concepción liberal "extrema" del Estado están claramente expuestas en un tema escabroso y difícil en el que MF se expone con absoluta honestidad y coherencia intelectual, tema que no puede

dejar de estremecer a las "personas de bien", entendiendo por tales aquellas que no han oscurecido aún su *sindéresis*, esto es, el discernimiento natural de lo bueno y de lo malo. Se trata concretamente del problema de las drogas y del narcotráfico.

En varias oportunidades MF abordó este problema desde la tribuna del periodismo. En mayo de 1972 publicó un artículo en la columna semanal de *Newsweek*, titulado *Prohibition and Drugs*. Dieciséis años más tarde reafirmó su postura inicial -defendida en el curso de todos esos años en numerosas conferencias y entrevistas periodísticas- en otro artículo, esta vez publicado en *Reason Magazine*, titulado *Stop Taxing Non-Addicts*. En marzo de 1991, apenas concluida la Guerra del Golfo Pérsico, apareció otro "detonante" artículo, titulado *A War Were Losing*, en el periódico *The Wall Street Journal*. Finalmente, en 1992 los periodistas Arnold Trebach y Kevin Zeese prologaron y publicaron la entrevista que Randy Paige, un célebre reportero dedicado al problema del narcotráfico y ganador de un *Premio Emmy*, le hiciera a MF en 1991 durante la emisión televisiva de *America's Drug Forum*, especie de *talk-show* dedicado a asuntos de interés nacional que se difundía por aquellos años a través de varios canales estatales de los EE.UU. El tema, como se ve, ha sido un verdadero *leitmotiv* de MF en tanto "hombre público".

3.2.- ESTADO Y MORALIDAD

En este último apartado expondré la postura de MF frente al problema de las drogas y el narcotráfico, de la manera más objetiva posible, a fin de mostrar las consecuencias a las que conduce, desde sus presupuestos filosóficos, una concepción liberal "extremista" de la economía y la política. En pocas palabras se puede decir que la principal consecuencia de tal concepción es la *tajante, abrupta e infranqueable separación entre la moral y la política*. Si en la tradición filosófica que sentó las bases de la civilización occidental la política fue entendida como un saber práctico perfectivo de la moral, puesto que el hombre es un ser moral cuya perfección se alcanza en la comunidad política, desde Maquiavelo en adelante, con la tradición "moderna", la política y la moral corren por cuerdas separadas. La moral queda reservada a la esfera de la conciencia individual. Dentro de la tradición moderna es posible encontrar diversas variantes. Según la vertiente kantiana, la conciencia autónoma se convierte en "legisladora universal" por la simple expectativa de que los demás adopten como norma de conducta lo que el "yo" asume como un mandato categórico, indisponible. Según la variante liberal anglosajona (en Adam Smith por ejemplo) el individuo

sólo tiene "sentimientos" morales que le permiten "sym-pathizar" con sus semejantes, a fin de elaborar por una suerte de consenso las normas morales básicas de la convivencia. Según la vertiente utilitarista (Bentham) es siempre el cálculo del placer que se puede conseguir y el dolor que se quiere evitar lo que guía toda acción humana. Pero lo común en cualquiera de estas vertientes modernas que conforman una sola y nueva tradición, es que no existe ningún orden moral *objetivo* por encima o por fuera del individuo. De este modo, la política queda convertida en el *arte o técnica* de la dominación, del equilibrio de fuerzas, de la sujeción de unos a otros, y cada una de aquellas vertientes -habría que incluir otras más, sobre todo las de cuño germánico- dice lo suyo propio en cuanto a cómo debe ser esa relación de fuerzas. No es otra cosa que una *arquitectónica* del poder.

MF se inscribe en la más pura tradición liberal. Partidario de un gobierno limitado y representativo de los derechos inalienables del individuo, no encuentra justificativo alguno, para que el Estado le diga a cada uno qué hacer o no con su vida, con sus valores y sus opciones. El estado no puede siquiera defender una "moralidad pública". Su única función se limita a defender a sus ciudadanos de la agresión externa y, *ad intra*, asegurar el orden mediante una limitada administración de justicia. De ahí en más, es el mercado el que regula absolutamente todas las relaciones humanas, incluso el tráfico y el consumo de drogas. No obstante, reconoce que si bien no existen fundamentos "éticos" que justifiquen el uso de la maquinaria estatal para reprimir al individuo que consume alcohol o drogas, en el caso de los niños y menores de edad la cuestión es compleja. Aunque se muestra encendido partidario de la legalización de la venta y consumo de drogas, piensa que serían necesarias ciertas restricciones, iguales a las que "controlan" el mercado del alcohol o los cigarrillos: prohibir su venta a menores, prohibir su publicidad por los medios, prohibir la instalación de los puestos de venta cerca de colegios o establecimientos educacionales, etc. Más que de una cuestión "ética", se trata de un asunto "expeditivo". *Afortunadamente no es necesario resolver cuestiones éticas para ponerse de acuerdo en política*, afirmaba enfáticamente la primera vez que salía a la arena pública con el tratamiento de este tema. Aún cuando por razones éticas no se esté de acuerdo con esta solución, al mirar las estadísticas de crímenes y otros delitos que el mercado negro de la droga genera, y los altos impuestos que los no consumidores de drogas deben pagar para financiar una "guerra" contra el narcotráfico que por más de dos décadas se ha mostrado absolutamente

ineficaz, MF sostiene que una persona "sensata" debería aceptar la legalización de su venta y consumo para terminar con todos estos problemas.

Ante la objeción de que la legalización aumentaría el número de adictos, incluso por razones estrictamente económicas -el menor precio del producto, derivado en este caso del abaratamiento de costos que seguiría a la legalización del mismo, tiende a elevar la cantidad de la demanda-, MF responde que eso es algo incierto, dudoso, y que la experiencia histórica no permite afirmar a ciencia cierta que eso sea así. Cuando se levantó la prohibición de venta y consumo de alcohol en los EE.UU., conocida como "ley seca", si bien los índices de consumo aumentaron considerablemente, MF lo atribuye *ex post facto* al aumento de la población y del nivel de sus ingresos, por lo que se trataría de un aumento relativo. Finalmente, dejando de lado otras consideraciones prácticas que justificarían la legalización de las drogas, para MF el Estado no tiene ningún derecho a usar de la coerción, directa o indirectamente, para evitar que un individuo consuma alcohol, drogas, o se suicide. El individuo es el *único soberano* de sus decisiones.

Pero lo que MF parece olvidar es que todos los países civilizados del mundo contienen en sus códigos penales la figura de la "instigación al suicidio", que de un modo u otro supone colaborar con el suicida en el cumplimiento de su deletéreo objetivo; que razones de "moralidad pública" son las que imponen la necesidad de un control estatal sobre la venta de armas y otros elementos nocivos que atentan contra la seguridad de la población; y que el fundamento último de la incriminación de una conducta cualquiera, es decir, su tipificación como delictiva, no puede tener *otro fundamento* que la moral, sea la moral trascendente del derecho natural, o la moral inmanente de un pueblo, su "moral social" o "moral pública". En el fondo, ambas morales coinciden en señalar como inicua toda conducta que atente contra los *bienes humanos básicos* (la vida, la integridad física y psíquica, la libertad, etc.). El progreso de la civilización y los avances de la razón han permitido hoy que casi todos los pueblos de la tierra compartan una moral fundamental en lo que hace al respeto por la dignidad de la persona humana. Lo que ocurre en el caso particular de MF es que su *liberalismo extremo* no le permite ver el contenido "mínimo de ética" que todo orden jurídico y político posee. Ese contenido mínimo de moral no es discutido ni siquiera por autores *iuspositivistas* de la talla de Herbert Hart. Pero si a causa de su particular forma de entender la libertad humana MF no admite siquiera que el Estado pueda obligar a sus ciudadanos a usar cinturón de seguridad en sus vehículos, menos aun admitirá que prohíba la venta y distribución libre de las

drogas. Es la consecuencia inevitable y tremendamente coherente de su punto de partida filosófico.

NOTAS

¹ Véase su *Introducción a los estudios políticos*, Bs. As., Depalma, 1987, pág. 227 y ss.

² Dice Croce: "Precisamente esta sustancial negación de la lucha y la historia, esta necesidad de recurrir al autoritarismo que se llama a veces "dictadura" (y que pretende pasar por provisoria), esta inevitable inclinación del socialismo a sofocar la variedad de las tendencias, los desarrollos espontáneos y la formación de la personalidad, es lo que acarrea la hostilidad de la concepción liberal..." (*Ética y política*, Bs. As., Imán, 1952, pág. 246).

³ En el presente acápite sigo el desarrollo presentado por Richard Ebeling, profesor de la cátedra *Ludwig von Mises* de Economía en *Hillsdale College*, Michigan, en su ensayo *El Estado y la planificación central de la moneda: Los economistas Austríacos y de Chicago*, 1999.

⁴ Para una mejor comprensión de la influencia de la teoría keynesiana en la obra de Friedman, puede consultarse la réplica que este último autor dirigió a muchos de sus críticos en *Milton Friedman's Monetary Framework: A Debate with his Critics*, 1974.

⁵ Puede consultarse el original inglés de esta fuente en el *Official Web Site of The Nobel Foundation*, cuya dirección en Internet es <http://www.nobel.se/economics/laureates/1976>.

⁶ En inglés: *actuary*, persona que se dedica a calcular los índices de las primas de seguro mediante la frecuencia de la mortandad, incendios, accidentes, etc.

⁷ Puede verse la contratapa de *Capitalism and Freedom*, The University of Chicago Press, 1982.

⁸ Puede verse la reseña elaborada por Lynda Herndon a la obra de MF, *Capitalism and Freedom*, con abundante bibliografía, que aparece en el sitio web <http://www.idealchannel.com/friedman.htm>

⁹ Véase por ejemplo la abundancia de citas y el gran conocimiento de la obra de Smith que refleja el muy divagado artículo *The Tyranny of Controls*, que es en realidad el segundo capítulo de la obra escrita en colaboración con su esposa *Free to Choose. A Personal Statement*, Ed. Harcourt Brace Jovanovich, 1980. Las referencias expresas a Adam Smith, que aparecen en el índice temático de esta obra, comprenden por lo menos 26 páginas.

¹⁰ Tal es la opinión de Lynda Herndon en el artículo citado.

¹¹ *The Road to Serfdom*, en el original inglés.